

LA AUTOMATIZACION Y SUS REALES PROBLEMAS, SEGUN PUNTOS DE VISTA SOVIETICOS

por E. GORBUNOV

Veinte o treinta años atrás el concepto "automatización" era relativamente abstracto, pero ahora todo el mundo habla de la automatización. La prensa de los países capitalistas está llena de preguntas y de inquietud acerca de las posibles consecuencias de esta novísima orientación del progreso técnico. "¿Qué trae la automatización a la humanidad?", "¿el camino de la desgracia o la senda de la prosperidad?", "¿las máquinas automáticas son enemigas o amigas?", estas preguntas las hacen actualmente los sociólogos, economistas y filósofos del mundo capitalista. Los obreros de estos países, que sufren directamente los efectos de la automatización, sienten una ansiedad todavía mayor.

Todo el mundo sabe que el primer y principal resultado de la automatización es el incremento de la productividad del trabajo que, a su vez, conduce a un aumento considerable de la producción. Por ejemplo, el rendimiento del trabajo en la fábrica soviética "Krasni proletari", a consecuencia de la instalación de una línea automática para la fabricación de ruedas dentadas, se elevó en unas seis veces. El estudio de la automatización en los EE. UU., tomando como ejemplo 12 casos, muestra un incremento de la productividad del trabajo de un 320 por ciento. En la industria inglesa la línea de máquinas operadoras automáticas para el mecanizado de la culata del cilindro de un motor automático aumentó el rendimiento del trabajo en 4 veces. El desarrollo de la automatización permite, por lo tanto, acelerar considerablemente el ritmo del progreso económico de la humanidad. La automatización está predestinada a transformar de raíz la tecnología de gran parte de la industria moderna. La técnica de la producción material se caracteriza hoy día por tales velocidades, temperaturas y capacidades, que el obrero no está en condiciones de gobernar los procesos tecnológicos.

La automatización no sólo multiplica los frutos del trabajo humano, sino que modifica radicalmente su naturaleza. En la actualidad las máquinas automáticas ejecutan en lugar del obrero una serie de trabajos difíciles y peligrosos. La automatización de todos los eslabones del proceso de producción, además de eliminar los trabajos nocivos y peligrosos para el hombre, contribuye a transformar el trabajo físico en trabajo intelectual.

Sin embargo, aparte de los meros cambios de producción, la automatización acarrea importantísimas trans-

formaciones sociales y económicas en la vida de la sociedad.

Hemos dicho ya cuál es el resultado principal de la automatización. La revista norteamericana "New Republic" informó acerca de la nueva fábrica estadounidense automatizada de magnesio de Madison, que puede lanzar una producción mayor que la que daba antes de ella toda la industria magnésica de los EE. UU. Es obvio que el surgimiento de semejantes empresas requiere la correspondiente ampliación del mercado. Y si para la economía planificada eso no constituye un problema, ya que el desarrollo de la producción se planifica desde su comienzo con arreglo a la demanda social respecto a la clase de producción de que se trate, en la sociedad capitalista la automatización trae consecuencias verdaderamente deplorables. No refrenado por ningún plan general, el afán de los dueños de las empresas por lanzar una producción ilimitada sobrepasa muy rápida e ineludiblemente a las capacidades del mercado. Constrainidos, bajo la presión de la concurrencia, a introducir innovaciones técnicas, los fabricantes restringen más tarde artificialmente las potencialidades de la automatización para evitar la superproducción de mercancías. Máquinas automáticas perfectísimas, en cuya creación se invierte una cantidad colosal de trabajo de los hombres de más talento de la nación, se quedan paradas, y las crisis de superproducción sacuden cada vez con más frecuencia los cimientos de la producción capitalista, y a consecuencia de ellas se empobrecen decenas de millones de personas. La abundancia se convierte en un mal. La automatización resulta innecesaria.

La automatización es beneficiosa porque disminuye el costo del producto, y es necesaria para el capitalista ya que la concurrencia y el afán de ganancia son la ley fundamental del capitalismo.

"El empresario debe automatizar si quiere quedar vivo" —se recalca en uno de los informes de la importantísima casa norteamericana General Electric Corporation.

Pero la sentencia de la General Electric para centenares de pequeños empresarios suena a verdadero toque de difuntos. La automatización de la producción exige considerables inversiones de capital, que solamente pueden efectuar las compañías más poderosas. En cambio, los pequeños capitalistas, al no aguantar la concurrencia, se arruinan.

Sin embargo, la cosa no se limita a eso. El resultado social-económico principal de la introducción de la automatización bajo el capitalismo es el empeoramiento progresivo de la situación de la clase obrera y, como consecuencia final, el llamado "paro técnico" o "paro de la automatización" que no tiene precedente por sus proporciones.

La automatización no hace más que empezar, pero ya la sociedad capitalista ha sufrido los primeros golpes de las "huelgas de la automatización", y centenares de miles de hombres se ven privados de trabajo debido a la desocupación "técnica" o "tecnológica".

He aquí, por ejemplo, lo que el científico norteamericano Norbert Wiener, uno de los fundadores de la cibernética, dice acerca de las perspectivas de ese proceso: "Es de todo punto evidente que la automatización originará tal situación en el paro obrero, en comparación con la cual... incluso la depresión de los años treinta parecerá una broma agradable". Según los cálculos de los economistas británicos, dentro de 20 años el 60 por ciento, por lo menos, de los obreros del mundo capitalista se quedarán sin trabajo a causa de la automatización completa. Conforme a los datos de los sociólogos norteamericanos, a mediados de la década del 70, el 65 por ciento de todos los obreros de los EE. UU. "resultarán innecesarios".

Así pues, "el desempleo a causa de la automatización" corre el riesgo inminente de convertirse en una calamidad nacional. Surge el problema: ¿qué hacer con los obreros?

Este problema se podría resolver en parte reduciendo la jornada de trabajo y, mediante la disminución de los impuestos, aumentando la capacidad del mercado interno. No obstante, como muestra la experiencia, semejantes medidas radicales no cuadran evidentemente con los intereses de los que dirigen la economía capitalista.

He aquí un ejemplo ilustrativo. Hace poco, Arthur Golberg, nuevo Ministro de Trabajo de los EE. UU., propuso una serie de medidas encaminadas a resolver el problema de la automatización en Norteamérica. Entre las distintas recomendaciones propuestas figuraban la asignación de subsidios a los desocupados y la implantación de una semana laboral más corta. Sin embargo, aún no habían pasado diez días, cuando desde las páginas de la revista "Magazine of Wall Street and Business Analyst" llegó una protesta muy significativa. Después de dar a la proposición de Golberg el título "Los hombres de negocios no quieren eso", la revista llegaba sin ambages a la conclusión de que las medidas sugeridas por el Ministro de Trabajo "serán francamente contrarias a los intereses de los "businessmen" y los beneficios". No cabe declaración más categórica. Las máquinas automáticas no sólo privan de trabajo,

sino que desangran a generaciones enteras de familias obreras.

"Speed-up!" — "¡más de prisa, más de prisa!" — exige la máquina automática. El hombre acelera frenéticamente sus movimientos esforzándose por seguir el rabioso ritmo del mecanismo sin alma. Todos sus pensamientos se orientan sólo a no rezagarse del ritmo del autómeta. En algunas fábricas se conecta a los obreros a los tornos con manillas especiales para que, como dicen los dueños, "sientan el ritmo". En Alemania Occidental los propietarios de las empresas obligan a los obreros a tomar estimulantes, para "ayudarles" a aguantar la enorme tensión.

La revolución científico-técnica, inclusive la automatización, no puede realizarse de modo consecuente en las condiciones del régimen capitalista.

La utilización de los medios que brindan la ciencia y la maquinaria modernas presupone la ausencia de contradicciones de clase, un alto nivel de socialización y concentración de la producción, el pertrechamiento general y en gran escala de todas las ramas de la economía con grandes máquinas automatizadas, la coordinación total planificada de la producción, que son incompatibles con el sistema de la economía capitalista, basado en la propiedad privada.

A primera vista puede parecer muy extraño por qué una misma máquina automática o una línea automática engendran consecuencias absolutamente contrarias en dependencia de las condiciones sociales. ¿Por qué en unas circunstancias la automatización es para la mayor parte de la sociedad una calamidad, una desgracia, y en otras, en las condiciones del socialismo, un medio importante de elevación del bienestar de todo el pueblo?

A este respecto se manifestó muy claramente Milton H. Aronson, conocido especialista norteamericano en la rama de la automatización: "La automatización no tiene consecuencias económicas directas. No puede hacer que un país enfermo se vuelva sano y viceversa. Puede hacer que una economía sana sea aún más sana y puede hacer, por supuesto, que una economía enferma se vuelva aún más enferma. Pero la automatización no puede ser la causa principal de la estabilidad o inestabilidad económica".

De por sí sola la automatización es garantía de la abundancia, de florecimiento de la humanidad. Pero su aplicación en unas condiciones produce unos resultados, y en otras, otros completamente opuestos.

La causa principal de que la automatización actúe como un mal radica en la propiedad privada sobre los medios de producción y la anarquía de la producción que de ello se deriva, la falta de control y la ausencia de planificación, inherentes al régimen capitalista.

Pero la abundancia no puede ser un mal cuando la producción, la distribución y la vida social de la socie-

dad se fundan en la propiedad social sobre los medios de producción, en el principio de planificación, científica y eficientemente organizado, cuando en la sociedad no existe la base misma para las contradicciones sociales irreconciliables. Por eso los soviéticos, al igual que todos los pueblos de los países socialistas, luchan para introducir la automatización. En las condiciones de la sociedad socialista, la automatización, en tanto que incrementa la productividad del trabajo, contribuye al aumento de la producción de bienes materiales y a la elevación considerable del nivel de vida de todos los miembros de la sociedad. Pues sólo sobre la base de la abundancia de productos se puede aplicar el principio de la sociedad comunista: "De cada uno, según su capacidad; a cada uno, según sus necesidades". Y en este caso, el papel decisivo corresponde a la automatización. Eso lo reconocen hoy hasta los enemigos ideológicos del régimen socialista. Comentando el Programa del Partido Comunista de la URSS, el economista norteamericano Binder destaca que dicho Programa "de hecho pone un signo de igualdad entre el comunismo y la automatización". "El sistema soviético —prosigue Binder— con su control centralizado y su capacidad para movilizar todos los recursos humanos y materiales para la ejecución de una tarea concreta está mejor adaptado para el cumplimiento de tal programa (el de la automatización múltiple. E. G.) que nuestro sistema".

Por consiguiente, la pregunta de si bajo el socialismo los obreros tienen miedo o no a las máquinas automáticas carece de fundamento. Al contrario, en la URSS los obreros saludan la introducción de las máquinas automáticas en la producción, lo que acelera nuestro avance hacia el comunismo, sociedad de abundancia para todos. Como es sabido, la primera línea automática de la URSS fue ideada en 1939 por I. Inochkin, obrero de la fábrica de tractores de Volgogrado. No es casual la atención que los obreros de nuestro país prestan a la introducción de las máquinas automáticas en la industria, no son tampoco casuales los éxitos de la URSS en esta esfera, comenzando por el taller completamente automatizado de la Fábrica N° 1 de Cojinetes hasta el gigantesco sincrofasotrón y los laboratorios cósmicos volantes equipados con los instrumentos más precisos de la automática y la telemecánica. Los especialistas en automatización occidentales reconocen hoy la primacía de la URSS en este terreno. "La construcción de maquinaria rusa —dice un experto técnico de la KFA— ha dejado muy atrás a la inglesa y norteamericana. Los rusos aplican los métodos de la semi-automatización y la automatización total para producir una cantidad mucho mayor de productos que en Occidente".

Eso ocurre ante todo porque los obreros de la URSS están interesados en la implantación de las máquinas automáticas. La experiencia de la URSS muestra que su

empleo en la industria es ya hoy un factor importante del incremento del bienestar del obrero soviético.

Bajo el socialismo, la automatización conduce al aumento del salario. Así, en la fábrica de construcción de maquinaria eléctrica "Wolta" (ciudad de Tallinn) en el transcurso de 6 años, después de la instalación y puesta en marcha de la primera línea automática, los salarios de la mayoría de los obreros que atienden esta línea se duplicaron, y los de otros muchos, se triplicaron. Es muy natural, pues bajo el socialismo se paga el trabajo con arreglo a su cantidad y calidad.

La automatización economiza las fuerzas del obrero, eximiéndole del trabajo manual pesado. El principio del socialismo: "Todo para el hombre, en aras del bien del hombre" se manifiesta aquí con más plenitud que en cualquier otra parte. Tratamos de automatizar incluso aquellas operaciones en que el empleo de las máquinas automáticas cuesta más caro que el trabajo del hombre, porque los hombres, el obrero, son la principal riqueza de nuestro régimen. Por ejemplo, en la Fábrica N° 1 de Cojinetes se utiliza para la verificación de las bolas una máquina electrónica, cuyo empleo resulta más costoso que el pago del trabajo de operarios verificadores. No obstante, se usa esa máquina porque protege la vista de los obreros.

En tanto que aumenta el salario del obrero y alivia su trabajo, la automatización de los procesos tecnológicos, bajo el socialismo, contribuye al mismo tiempo al desarrollo multilateral de la personalidad humana. En todas las operaciones automatizadas la calificación media del obrero es considerablemente superior al de las no automatizadas. Por lo tanto, los temores de ciertos sociólogos burgueses respecto al "empobrecimiento" del intelecto humano a consecuencia de la automatización, son infundados para el socialismo. La automatización se convierte en estímulo para la elevación constante del nivel de la instrucción general del obrero, ya que exige una sólida preparación general y técnica. Por eso, actualmente, de cada cuatro personas una estudia en nuestro país en alguna parte. Cuatro millones de personas conjugan el trabajo en la producción con el estudio en las escuelas, en los establecimientos docentes superiores y técnicos especializados; en las empresas dos millones y medio de hombres adquieren cada año nuevas especialidades y cinco millones elevan su capacitación profesional. ¡Millones de obreros que dominan los conocimientos del ingeniero! ¿Se puede hablar en estas condiciones de "empobrecimiento" de la personalidad?

"Todo eso es cierto —dirán los escépticos— pero, ¿no habrá, sin embargo, desempleo bajo el socialismo? Se sabe que las máquinas automáticas dejan disponible a enorme número de obreros".

Sí, en efecto, la automatización conduce a que quede disponible mano de obra, además, como consecuencia

de la implantación de la automatización en escala más amplia, este proceso transcurre en el socialismo a ritmo más elevado que bajo el capitalismo. ¿Adónde irán a parar, pues, los brazos obreros?

Para el socialismo esta cuestión es más sencilla que lo que se suponen algunos. No se debe pensar que la liberación de los obreros a causa de la automatización se producirá en forma de salto. Tendrá lugar a medida que la automatización se implante de modo *planificado* en la producción y en la medida que ésta se amplíe. La producción socialista, que crece con ímpetu, presentará constantemente una demanda activa de obreros muy calificados en todo el transcurso de la construcción de la base económica del comunismo que, como es sabido, prevé un amplio programa de automatización de todos los sectores de la producción industrial. Si surgen problemas, el propio mecanismo de planificación de la economía socialista permitirá planear y organizar racionalmente el suministro de mano de obra a la producción. El sobrante que surja en cualquier rama, podrá ser rápidamente trasladado a otra rama que sienta escasez de mano de obra.

Sin embargo, viene al caso formular la pregunta: ¿Y qué ocurrirá cuando se lleve a término la automatización total?

El físico inglés George Thomson ha calculado que ante el actual desarrollo impetuoso de la técnica, la demanda de mano de obra bajará el doble en menos del transcurso de una generación. Las máquinas automáticas teledirigidas sustituirán *totalmente* a los hombres. *¿Los hombres se quedarán para siempre sin trabajo!* La mayoría de la humanidad, a la que Sir Thomson llama "ejército de zopencos", desaparecerá de la faz de la tierra. Una "minoría selecta" gobernará el mundo. ¿Ocurrirá así? Eso dependerá de nuevo de las condiciones sociales en que se realice la automatización to-

tal. La tendencia moderna de la aplicación de la automatización en la sociedad capitalista muestra que el progreso técnico ulterior llegará inevitablemente a un atolladero. No obstante, la cosa será completamente distinta en el comunismo.

En el transcurso de los próximos 20 años, en la URSS, la automática, la telemecánica, las máquinas electrónicas computadoras y demás instalaciones de cálculo serán la base de la técnica de la producción industrial. Ello permitirá alcanzar la abundancia de bienes materiales y culturales para toda la población, la prosperidad y la dicha llegarán al hogar de cada trabajador de la ciudad y del campo. Se suprimirán todos los impuestos. Serán gratuitos la vivienda, los servicios comunales y el transporte urbano, el tratamiento sanitario de los enfermos, el suministro de medicamentos, el mantenimiento de los niños en instituciones infantiles y luego la alimentación pública.

¿Qué cuadro tan sorprendente comparado con las sombrías predicciones del físico Thomson!

Bien, ¿y qué pasará con el desempleo? ¿No amenazará éste al comunismo? ¡De ningún modo! Los soviéticos tendrán la jornada laboral más corta del mundo. Ante tan enorme incremento de la producción como planea el Programa del Pcus habrá suficiente trabajo para todos, pero se trabajará mucho menos. En el primer decenio, que comprende los años 1961-1970, la jornada laboral quedará limitada a 6 horas, y luego se irá reduciendo. La duración de las vacaciones mínimas de todos los obreros y empleados llegará a ser de tres semanas, y más adelante, de un mes. El tiempo que quede libre después del trabajo en la producción, los trabajadores lo dedicarán al descanso activo, al arte, a la ciencia y al deporte. Los poderosos medios de la técnica conducirán al florecimiento de los talentos y de las aptitudes del hombre.